

Vivimos en un mundo en el que los medios basados en la comunicación audiovisual parecen invadirlo todo. Los niños y las niñas tienen un entrenamiento extraordinario en la percepción de imágenes. Los lenguajes de la información, con su prestigio y su poder de sugerencia, son de tal fuerza que invaden la vida antes incluso de dominar el lenguaje básico, la lengua oral y escrita. Es evidente que la revolución registrada en los medios de comunicación electrónica produce un alejamiento de la lectura y del buen uso del idioma. Sin embargo, los profesores estamos convencidos de que la lectura de material impreso, o del que aparece en la pantalla de un ordenador, constituye el fundamento más importante del proceso de enseñanza-aprendizaje en nuestros días. Sabemos también que la lectura, además de una técnica que debe enseñarse y desarrollarse, es un hábito que debe ser interiorizado desde las primeras etapas de la vida. Y estamos convencidos de que la adquisición de la técnica lectora, así como del hábito de leer, no es algo exclusivo del aula y de la escuela y, menos aún, de la clase de lengua y literatura. Es esencial que en el inicio del aprendizaje de la técnica y en la creación del hábito de leer colabore, responsable e interesadamente, el conjunto del profesorado y, por supuesto, la familia, pues de los inicios va a depender, en buena medida, que tanto la técnica como los hábitos sean los correctos; estos buenos inicios -o sus deficiencias- van a condicionar el desarrollo lector y la capacidad de comprensión y expresión de las etapas posteriores, en las que ya no es preciso incidir en la lectura de manera tan sistemática. Por lo tanto, se precisa la colaboración de todos para lograr una buena enseñanza de los métodos más adecuados que cimenten un buen hábito de lectura, lo que, sin duda, será un magnífico soporte para el desarrollo de la capacidad intelectual.

La lectura, aún hoy, sigue siendo la puerta de entrada al conocimiento, a la información y a la imaginación. Por eso, cuanto antes podamos penetrar en ese universo mucho mejor, aunque no se puede caer en el error de violentar el ritmo de aprendizaje en edades tempranas. Lo importante es conseguir que el libro "entre" en la vida cotidiana de los niños antes de la edad escolar: se puede incluir en sus juegos como un disfrute más. El introducir muy pronto el libro como objeto lúdico, antes incluso de su lectura, es una garantía de que después se adquirirá el hábito lector. Se ha comprobado que aquellos niños que utilizaron álbumes ilustrados en etapas prelectoras han sido lectores adultos más constantes que los que no lo hicieron.

Después, cuando el niño comienza a descubrir la lectura, los padres deben estar ahí complementado a la escuela y sirviendo de ejemplo para que los más pequeños desarrollen el hábito. Si para los niños resulta muy gratificante leer de forma autónoma -pues ganan seguridad y confianza- también lo es para los padres vivir el descubrimiento de la lectura junto a los hijos.

Lo habitual es que día a día veamos a nuestros hijos e hijas viendo la televisión, jugando con la consola, hablando por teléfono, sentados frente al ordenador o navegando en Internet... pero casi nunca leyendo. El hábito de la lectura, que los padres valoramos tanto, parece haberse perdido y leer, en ocasiones, se siente como una obligación, un castigo o como el último recurso para un niño o un adolescente. Algo debemos intentar los padres y profesores para que nuestros hijos y nuestro alumnado lean más y disfruten haciéndolo.

¿Qué podemos hacer?

De todos es sabido que el mejor maestro es el ejemplo. Los niños imitan lo que ven, así que podríamos decir que la lectura se transmite por contagio. No sirve de mucho mandar por mandar. De poco vale predicar las ventajas de la lectura, si nosotros mismos no la valoramos. El primer gran error es imponer el libro como castigo -o como alternativa- a otra distracción. Más importante es crear un buen ambiente en el que la lectura esté presente, a través de pequeños actos cotidianos: leer algunas noticias en el periódico y hacer comentarios sobre ellas (es importante que perciban que no sólo la televisión existe), suscribirse a revistas que resulten de interés (hay muchas y diversas; por ejemplo, la National Geographic es de una excelente calidad), comprar de vez en cuando algún libro y leerlo en casa les demostrará a los más pequeños que para nosotros leer es importante y placentero.

Buscar un tiempo y un lugar para leer todos los días con nuestros hijos es la mejor forma de iniciar y profundizar en hábitos positivos. No es tan difícil. Algunas ideas para esta práctica pueden

ser las siguientes:

Leer juntos: esto es importante, sobre todo en los comienzos, cuando los niños no son lectores autónomos. Los niños aprenden a leer viendo las letras y pasando las páginas de un libro. Leer para ellos. Leer con ellos requiere una actitud positiva que no implica enseñar a leer y que debe evitar la incomodidad, la crítica a sus errores y el cansancio. La motivación reside en despertar las ganas de leer al día siguiente. A los niños les gusta escuchar historias leídas en voz alta. Al leerles comprenden el mensaje, por lo que disfrutan con lo que oyen, están atentos y se dan cuenta de que existen historias divertidas. Esta actividad aumenta su vocabulario y desarrolla su imaginación, además de incrementar el "tiempo de calidad" en la relación de los padres con los hijos.

La lectura es algo divertido: se pueden leer historias jugando con la voz o entonando poemas y canciones. El niño mejora su lectura cuando se apropia del ritmo y los sonidos de las frases. La lectura no consiste en devorar libros, sino en disfrutar con lo que se lee. Los niños y niñas, lo mismo que los jóvenes o los adultos, pasan por etapas en las que durante un tiempo prefieren un tema, una colección o un autor. ¡Dejémosles elegir aquello que prefieran leer! Cualquier motivo es bueno para leer (preparar un viaje, elaborar un postre, conocer las reglas de un juego o mirar qué es lo que dice el periódico de nuestro programa favorito de televisión o del partido que hemos visto). Los niños y niñas deben comprobar que leer es importante para cualquier actividad cotidiana.

Los intereses de los niños son lo importante. Es preciso que los padres y madres se interesen por los libros que les gustan a sus hijos e hijas; es la mejor forma de conectar con ellos, pues se les puede ayudar a organizar la información y a convertirse en un lector activo. No nos debemos empeñar en que les guste lo mismo que a nosotros. Hay que conectar con sus preferencias, pues lo que hay que alentar es su gusto por la lectura no el nuestro.

Hablar sobre libros: oír los comentarios acerca de la obra que tenemos entre manos prolonga la actividad lectora y crea una comunicación muy importante. Si además compartimos con ellos algún pasaje que nos parezca adecuado, les estamos haciendo partícipes de nuestras satisfacciones (o decepciones, pues no se debe percibir que todo es ideal).

Visitar bibliotecas y librerías. Es interesante ver los libros que no siempre se compran, abrirlos, hojearlos y sentir sus páginas entre las manos. La novedad siempre es un buen factor para crear la curiosidad. Además podremos transmitir el aprecio de la belleza del libro como objeto, la calidad de su diseño, su tipografía, la textura del papel. Podemos convertirlo en una fiesta para los sentidos: la vista, el tacto e incluso el olfato.

Escribir también es leer. Animar a los niños a que escriban es una labor extraordinaria. No es necesario que escriban cuentos o poemas, sino lo cotidiano: una carta a sus amigos o a los abuelos, un mensaje para sus hermanos... que se acostumbren a escribir aquello que les sería más fácil decir con una simple llamada de teléfono. Escribir es la mejor ayuda para leer con soltura.

La escuela es importante para facilitar la enseñanza de la lectura, pero los padres tienen el protagonismo emocional en la creación y consolidación del hábito de la lectura. Por otra parte, hay que tener claro que las estrategias para conseguir un hábito lector son diferentes de las que solemos emplear para inculcar otras conductas. Leer no es estudiar, ni la lectura debe implicar siempre una obra literaria. Leer bien es un medio que posibilita la mejora en muchas facetas de la vida y nos abre una esperanzadora ventana al goce.

Así mismo, debemos entender que leer literatura implica algo más que el disfrute estético, la satisfacción de una emoción o la evasión a un universo de historias imaginativas. La literatura - como el arte en general- no opera con meros objetos y hechos, sino con ámbitos espaciotemporales y acontecimientos. De ahí que la lectura atenta de las obras literarias nos sitúe en una trama de ámbitos que se crean -y se recrean-, o se destruyen, a lo largo de procesos de creatividad o éxtasis y de fascinación o vértigo. La obra literaria va más allá del gusto o de la emoción que se satisface. Por ello, la lectura de obras literarias es esencial para el desarrollo integral de la persona, no sólo para la orientación de sus gustos o para la formación intelectual de los modelos estéticos sino para introducir al individuo en el mundo de lo simbólico y lo mágico.

Lo importante en la tragedia de *Macbeth*, por ejemplo, no es la trama argumental, sino el

sentimiento de vértigo que Shakespeare quiere poner ante nuestra mirada, para que descubramos las fases de un proceso que comienza con la euforia y acaba en la destrucción.

En la enseñanza de la Literatura el protagonismo sí debe desplazarse hacia el profesor, que es quien trasmite unos contenidos específicos y, al mismo tiempo, debe infundir espíritu, modos de ver la realidad, perspectivas desde las cuales es posible penetrar en el reducto último de la existencia y de la naturaleza humanas.

La importancia de la lectura -sea cual sea la obra- reside en que proporciona libertad de imaginación para interpretar la historia, porque somos nosotros, los lectores, los que hacemos un esfuerzo de creación imaginativa para poner voz a los personajes, dimensiones a los espacios, matices de color a los paisajes e intensidad a las emociones. Será entonces -cuando ya seamos lectores avezados y con sentido crítico- cuando entendamos que el verdadero lector nunca es pasivo (al contrario que el consumidor audiovisual) ni está prisionero en el fácil consumo de imágenes, sino que es el más libre de los personajes de la aventura, el personaje real capaz de recrear otros mundos.

Leer no es pararse, leer es un acto, el acto de andar tejiendo peripecias e hilando sensaciones.